

## ASPECTOS RELIGIOSOS DE LA COLONIZACIÓN FENICIO-PÚNICA EN LA PENÍNSULA IBÉRICA: LAS ESTELAS DE VILLARICOS, ALMERÍA

MARÍA BELÉN DEAMOS  
*Arqueóloga*

(Traducción de Rafael Vite García)

### INTRODUCCIÓN

El conocimiento de la religión de los colonos del Este en la península Ibérica es aún muy limitado. Esta situación es sorprendente cuando se tiene en cuenta que la arqueología fenicio-púnica ha experimentado un desarrollo considerable en los últimos treinta años. Ahora disponemos de buena información sobre numerosos asentamientos (Schubart 1982: 71-79; Aubet 1987: 228-78), algunos de ellos genuinamente espectaculares como Castillo de Doña Blanca, actualmente en proceso de excavación, cerca de la bahía de Cádiz (Ruíz Mata 1988: 36-48). Sin embargo, por extraño que pueda parecer ni siquiera tenemos información precisa sobre las costumbres funerarias de los primeros colonos. Por si fuera poco, los hechos disponibles no se han analizado adecuadamente. De lo contrario, no seríamos capaces de entender los cambios de interpretación que aún tienen lugar para algunos cementerios que no se adecúan a los modelos normativos imperantes de prácticas funerarias de comunidades fenicias y púnicas.

En general, los documentos concernientes a otros aspectos de religiosidad (tales como lugares de culto, divinidades, etc.) es aún más escaso. Los pocos y resumidos trabajos en estas materias que sí existen confunden más que instruyen al lector porque no establecen una clara distinción entre lo que razonablemente se puede interpretar como elementos religiosos de poblaciones orientales en la península Ibérica y lo que se puede tomar como evidencia de la adopción de creencias exteriores por las comunidades indígenas de la península (ver también Blázquez 1983:33-66).

Uno de los asuntos que aguarda solución en esta área es la ausencia de *tofets* en las ciudades fenicio-

púnicas del oeste. Según algunos investigadores, ésta no es una circunstancia fortuita: históricamente se explica por el hecho de que los colonos que alcanzaron Iberia procedían de regiones de Oriente Próximo en las que manifestaciones del rito *molk* eran también muy poco comunes (Aubet 1987: 287). Hasta la actualidad, sólo Cádiz ha mostrado evidencia de la existencia de sacrificios de niños en el ámbito púnico de la península, pero por desgracia con una fecha muy tardía (la segunda mitad del primer siglo antes de Cristo); y otros arqueólogos que trabajan en la ciudad tienen dudas sobre el asunto. Excavaciones en 1980 en la zona necrópolis de Cádiz sacaron a la luz seis entierros de niños cuyos cráneos aparentemente habían sido violentamente destrozados. Este descubrimiento se ha tomado como prueba de que la población púnica practicaba ciertas costumbres brutales, abolidas por César alrededor del año 61, según nos dice Cicerón (Pro Balbo 43). Dejando a un lado la cuestión de la viabilidad de esta interpretación, está claro que estos niños fueron enterrados en el mismo cementerio con adultos y con niños que murieron en muy diferentes circunstancias (Corzo y Ferreiro 1987: 57-61). Los niños son también enterrados junto a los adultos (y no en espacios separados) en la necrópolis de Ibiza (Gómez Bellard 1990: 163).

La situación actual no es alentadora. Es aparente que la evidencia relacionada con las creencias religiosas de las comunidades colonas de la península Ibérica requiere una revisión que implicará un serio estudio, por un lado, de datos que ya se conocen, y por otro, de la gran cantidad de material no publicado de excavaciones más antiguas. Nuestra contribución a este volumen constituye una modesta creación a la segunda línea de trabajo.

Hace algunos años el Catedrático Fernández-Miranda sugirió que estudiásemos las estelas halladas en

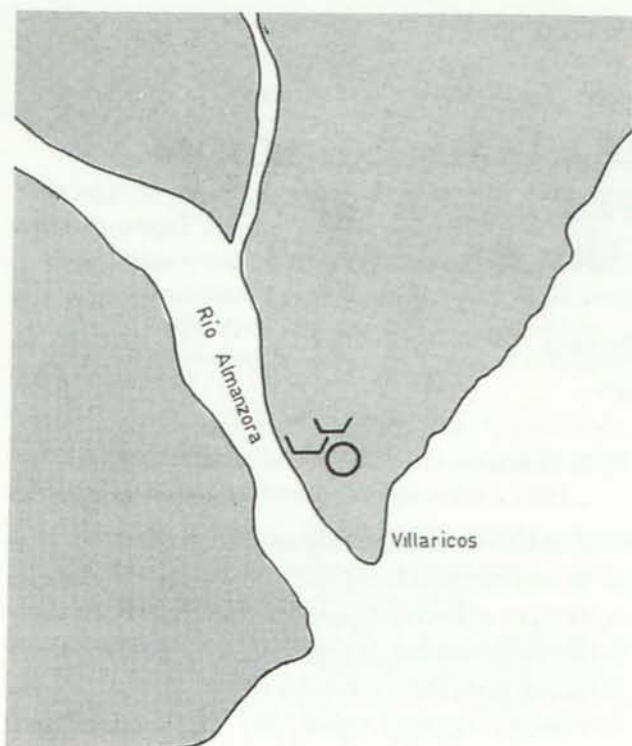


Figura 1. Villaricos: la necrópolis púnica (símbolo abierto) y asentamiento (círculo) en el río Almanzora (después de Schubart 1982).

la necrópolis púnica del sur de España. Desde su perspectiva, un nuevo análisis de este material ayudaría a esclarecer la función de los varios fragmentos dentro de los lugares en los que habían sido encontrados y resolver la cuestión (entre otras) de su relación con *tofets*. Aunque creo que estos monumentos de piedra podrían ser de más amplio interés por su relación con hallazgos similares en las colonias del Mediterráneo central y África del Norte, un estudio tan extenso no tiene cabida en los límites de esta aportación. Se ha seleccionado por tanto una muestra más pequeña con objeto de análisis, de un ensamblaje recuperado por L. Siret en sus excavaciones en la necrópolis púnica de Villaricos (Almería).

#### VILLARICOS: EL ASENTAMIENTO Y NECRÓPOLIS PÚNICA

El asentamiento de Villaricos tiene el típico enclave más frecuentemente encontrado entre las colonias del sur de Iberia. Ocupa un lugar elevado sobre la desembocadura del río Almanzora, dando al Mediterráneo (Figura 1). Parece que el asentamiento, conocido desde la década de 1890 como la antigua Baria, se produjo en algún momento de la primera mitad del siglo VI a. C. Como se indica en la

Figura 2, es la última de las colonias púnicas conocidas a lo largo de la costa andaluza. Estudios recientes han confirmado que en el tercer milenio antes de Cristo, la desembocadura del río era un amplio estuario que poco a poco se fue encenagando en épocas posteriores. Estos hechos conducen a algunos investigadores a sugerir que el primer asentamiento fenicio-púnico, posterior a las otras fundaciones costeras, tuvo lugar más hacia el interior, quizás en una de las colinas junto a la ahora colmatada bahía. Parece que la principal actividad económica de la población era la explotación de los variados recursos minerales de la región, así como la pesca e industrias afines. Villaricos puede haber tenido una población de unos 1.200 habitantes, tanto extranjeros como nativos (González Wagner 1983:470). Ambos fueron enterrados en el cementerio al oeste del asentamiento (Figura 3).

Las primeras excavaciones en la necrópolis fueron llevadas a cabo a finales del siglo XIX por Louis Siret, que publicó algunos de sus resultados en un volumen acerca de temas variados. En ese estudio, subdividió los entierros en seis grupos basados en una clasificación de aquellos objetos depositados junto al cuerpo para ser usados en la otra vida [Siret 1906: 392 (16)]. Siret siguió trabajando algunos años después de 1906, y a finales de la década de los 40 Astruc (1951) publicó una monografía basada en el estudio de las anotaciones de investigación de Siret y del material de las casi 2.000 tumbas que él había excavado. Astruc (1951:14) dividió los entierros en diez grupos basados en el «rito funerario y la forma de las tumbas». De estos grupos, tres (A,E,I) consisten en incineraciones, cinco (B,C,F,G,H) en inhumaciones, y dos (D,J) incluyen tumbas que combinaban los dos ritos. Mientras que esta clasificación es apropiada para propósitos generales, oculta variaciones específicas en el rito del entierro. De 1975 a 1978 Almagro-Gorbea reanudaba las investigaciones arqueológicas en el lugar, publicando los resultados algunos años más tarde (M<sup>a</sup> J Almagro-Gorbea 1984).

La necrópolis de Villaricos exhibe una amplio campo de modelos funerarios. La más extensa variedad tiene lugar en el tipo de inhumaciones, pero las tres divisiones fundamentales son las siguientes:

1. Simples zanjas cavadas en la tierra.
2. Hoyos rectangulares que se abren al fondo de un profundo y espacioso pozo.
3. Cámaras subterráneas, cavadas en la tierra o construidas de sillares, con un pozo o un *dromos* para su acceso.

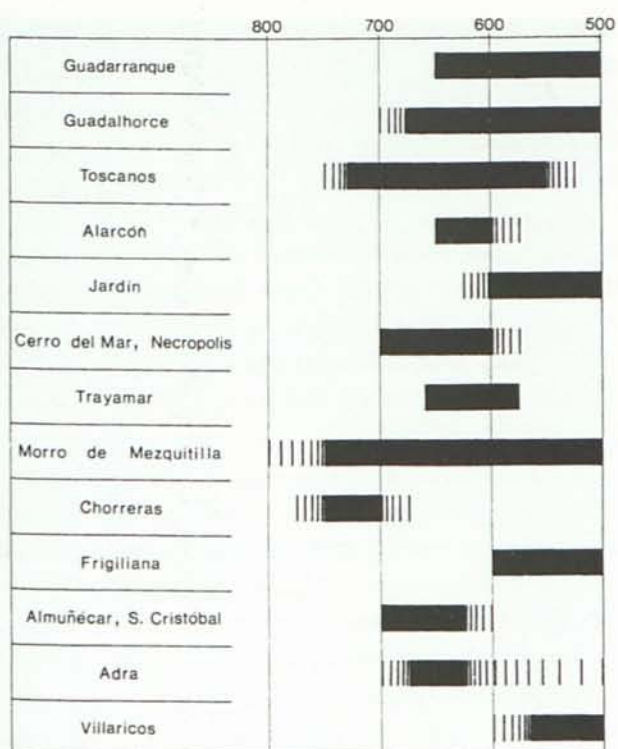


Figura 2. La fundación de Villaricos en relación con los otros emplazamientos fenicios y púnicos a lo largo de la costa mediterránea andaluza (después de Schubart 1982).

En los tres casos los cuerpos son frecuentemente colocados en ataúdes de madera. Hay algunas inhumaciones de niños cubiertas de ánforas.

Las incineraciones son más simples: los restos se colocaban directamente en fosas o vasijas de cerámica. Algunas cremaciones se situaban en las tapaderas que cubrían las tumbas de inhumación (como en el entierro 718) o en viejas cámaras subterráneas que habían caído en desuso (M<sup>a</sup> J. Almagro Gorbea 1984:639-31).

### LAS ESTELAS<sup>1</sup> DE LA NECRÓPOLIS DE VILLARICOS

Muchas de las estelas que hemos estudiado ya han sido anotadas en las anteriormente mencionadas publicaciones de Siret (1906: 463 (87), pl. XX) y Astruc (1951: pls. L-LII). No obstante, la información facilitada por esos autores era tan general que era imposible concluir en qué circunstancias, o en

<sup>1</sup> La literatura especializada utiliza tanto los términos *cippus* como *stela*. Nosotros usamos el último en el sentido recogido por el Diccionario de la Real Academia Española: "Monumento conmemorativo erigido sobre el terreno en la forma de una losa, pedestal o *cippus*".

relación con qué tumba, habían sido encontrados los trozos. Astruc indica qué tumbas tenían estelas, pero no especifica qué trozo concreto se asocia con cada tumba. Consultamos los cuadernos (guardados en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid) de Pedro Flores, supervisor de Siret y excavador de la mayor parte de la necrópolis, pero encontramos pocos detalles sobre el asunto, aunque las notas nos fueron de gran utilidad para resolver otros problemas. Siret había hecho dibujos a lápiz de algunas de las estelas, pero en sólo tres ejemplos anotó el número de la tumba en la que fueron halladas.

1. Las más simples estelas consisten en largas piedras en punta con bases rectangulares. Deben haber sido las más comunes, pero quizás muchas de ellas no fueron reconocidas por los excavadores por lo que fueron. En las colecciones del Museo Arqueológico Nacional hay un fragmento de 57 cms. de largo (las estelas de Villaricos no tienen números de inventario, así que no podemos darles referencias más explícitas), y M<sup>a</sup> J. Almagro (1984: 85, 117; pls. III,

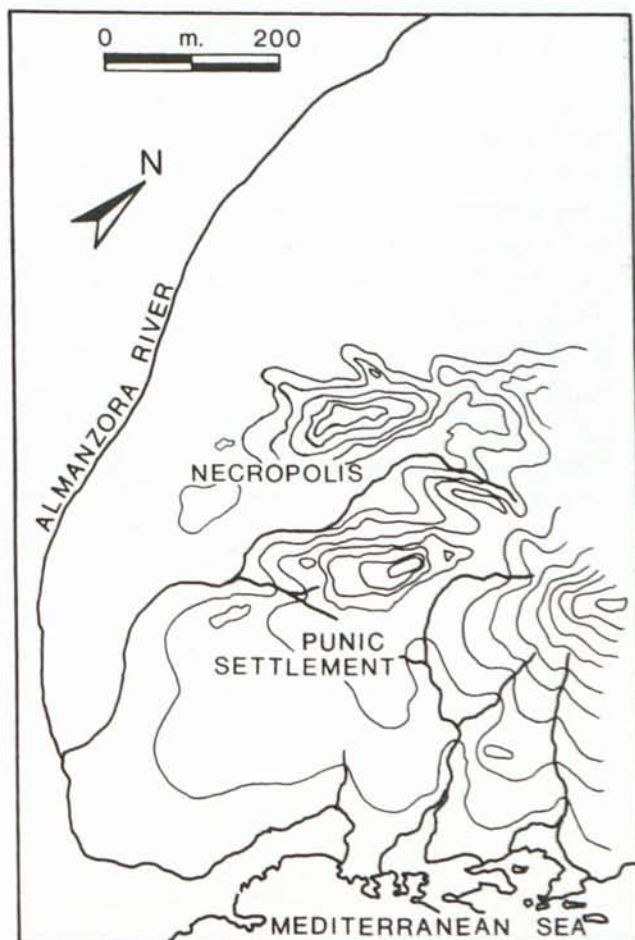


Figura 3. Villaricos: la necrópolis y asentamiento púnicos (después de Siret 1906).



Foto 1. Villaricos: estela con epitafio (altura: 93 cms; base: 27 x 22 cms). (Fotografía, Museo Arqueológico Nacional, Madrid)

V: 12) encontró varias «de gran tamaño» durante sus excavaciones en el cementerio de cremación con fecha entre el tercer y segundo siglo antes de Cristo.

La única estela con una inscripción funeraria encontrada en la necrópolis (Foto 1) pertenece a este grupo. Apareció fuera de contexto entre las tumbas de incineración (Siret 1906: 403 (27), pl. XX, 2) (Astruc 1951: 56, pl. LI). Tiene 97 cms. de altura y sobre ella tiene un epitafio de cuatro líneas inscrito que ha sido leído como «Tumba de / Ger'as / hijo toret de / Ba'alpilles» (Solá Solé 1955: 47). El nombre del fallecido es un tal *Theophorus* que se repite

en varias inscripciones funerarias en Cartago (Bénichou-Safar 1982: nos. 7, 18, 33; pp. 208, 211, 213 respectivamente). Hay acuerdo general de que esta estela se puede datar al final del siglo V o principios del IV a. C. (Fuentes Estañol 1986: 9; Guzzo Amadasi 1978: 35; Solá Solé 1955: 47). En la necrópolis fenicio-púnica del Mediterráneo occidental apenas hay epitafios, pero aparecen desde el siglo VII a. C. en adelante: en una tumba en la necrópolis Laurita (Almuñécar, Granada) el nombre del fallecido fue pintado en una urna de alabastro (Fuentes Estañol pers. Comm. 1986).

Otras estelas igualmente simples tienen extremos superiores redondeados. Flores encontró una en la tumba de incineración 309 «dispuesta como si fuera un San Antonio». Este puede ser uno de los trozos dibujados por Siret, aunque no hay otros rasgos distintivos que lo confirmen. El ejemplo de la tumba 841 es un basto bloque, probablemente no muy diferente de las marcas que indicaban la localización de tumbas en la necrópolis de Olbia durante el período entre el tercer y segundo siglo antes de Cristo (Levi 1950: 13, 36) o las «inclinadas piedras» que M<sup>a</sup> J. Almagro (1984: 58) encontró en *hypogaea* 556 y H-5, detalles también documentados en la necrópolis de Dermech en Cartago (Gauckler 1915/I: 13).

2. Estelas en forma de pirámide son también comunes en el lugar (Foto 2). Tienen bases cuadradas o rectangulares y se hicieron de piedra arenisca o piedra caliza muy suave; muchas tenían una capa de argamasa que les habría dado una apariencia más fina. Ninguno de los seis ejemplos identificados en el Museo Arqueológico Nacional fue completo, así que es difícil determinar cómo habrían sido de grandes, pero es evidente que habría habido una cierta variabilidad en tamaño, puesto que algunos trozos son superiores a 50 cms., mientras que otros inferiores a 20 cms. de longitud.

Las notas de Flores indican que las estelas piramidales fueron encontradas tanto en incineraciones (358 y 612) como en inhumaciones (321, 462, 556, 677: 4, y quizás 460). Curiosamente, estas marcas de tumba (Tore 1972b: 262) también se encuentran en entierros situados en cámaras subterráneas (556 y 677: 4), es decir, en contextos donde sólo hacia el interior del sepulcro serían visibles para los visitantes. De todos modos, las estelas debieron haber sido colocadas siempre fuera de la zanja o fosa mortuoria en sí misma, quizás en la cabeza, como Flores indicaba con respecto a la tumba 321. Los dibujos y referencias son generalmente imprecisos y no nos permite



Foto 2. Villaricos: estela piramidal (altura: 34 cms; base: 22 x 22 cms)

identificar exactamente qué estela correspondía a cada tumba, excepto en aquellos casos donde Siret por sí mismo anotaba el número de tumba en el dibujo de las estelas, como sucede en las muestras de las tumbas 612 y 677: 4.

Sólo será posible determinar la cronología de estos monumentos una vez se haya llevado a cabo un estudio detallado de la composición de los ajuares en cada entierro. Hemos tratado de clasificar las ánforas de las tumbas 460 y 462 usando las ilustraciones de Flores, y creemos que pueden corresponder al tipo III de M<sup>a</sup> J. Almagro, en cuyo caso datarían de finales del siglo V o IV a. C. (M<sup>a</sup> J. Almagro-Gorbea 1986b: 274, fig. 3). Este intervalo de tiempo se confirma por la presencia en estas mismas tumbas de cáscaras de huevos de avestruz que han sido datadas del siglo VI al IV a. C. (San Nicolás 1975: 98). Hypogaeum 556 tuvo un largo período de uso: produjo materiales que datan del siglo IV al II a. C. (M<sup>a</sup> J. Almagro Gorbea 1986a: 633). Finalmente, la tumba 612 confirma que estas estelas se usaban aún en Villaricos en tiempos de los romanos, puesto que los restos quemados se depositaban en una ánfora que con toda seguridad perteneció a aquel período.

Los monumentos funerarios piramidales son bien conocidos en el mundo púnico y ofrecen una gran variabilidad (Cid Priego 1949: 91-126). Las estelas piramidales como las de Villaricos son del tipo más simple y común. Se han encontrado objetos similares en tumbas de Ibiza (Gómez Bellard 1990: 111-14, pls. LVII y LX) y Cádiz (Perdigones et al. 1990: 37 n. 10, 49; quizás también Quintero Atauri 1932: pl. IIIB), que datan del siglo VI y V a. C. respectivamente. En el Mediterráneo central las estelas piramidales se encuentran tanto en santuarios (cf. para Tharros: Moscati y Uberti (1985: pls. IV:13 y V:16); para Motya: Moscati y Uberti (1981/II: pls. VII:56, VIII:57); para Sulcis: Bartoloni (1986: pl. I:6-7)) como en contextos funerarios. Un fragmento idéntico a los de Villaricos procede de Tharros (Tore 1972b: fig. 3:11), y Tamburello (1967: 362 n. 2) encontró *cippi* (pilares bajos usados por los antiguos como puntos de referencia o para inscripciones sepulcrales) en la forma de pirámides truncadas simples o múltiples dentro de algunas tumbas de Palermo pertenecientes al siglo III a. C. Hallazgos de la necrópolis de Setif (Fevrier y Gaspary 1967: 46) con fecha de los siglos II y III d. C., y de Tipasa demuestran que las estelas de estructura piramidal perduraron en de dominio romano.

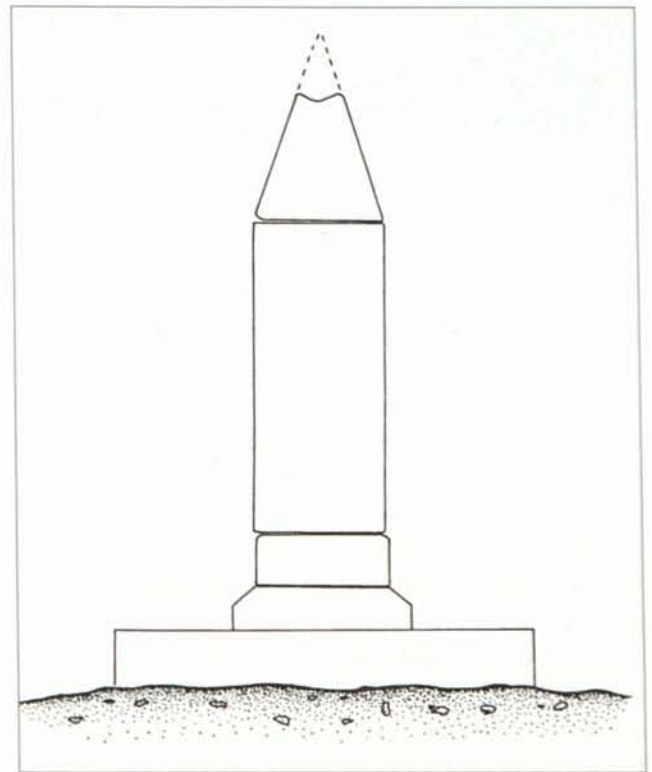


Figura 4. Reconstrucción de un monumento funerario de Tipasa, a partir de una fotografía de Lancel 1970



Foto 3. Villaricos: estela con *protome* (elemento decorativo constituido por la cabeza, con parte del busto, de una figura humana, animal o fantástica) humano, vistas frontal (izquierda) y posterior (derecha). Altura real: 50 cms; base del pilar: 18 x 23 cms; base piramidal: 15'5 x 18 cms.

Lancel (1970: 187, figs. 33-35 y 39-40) sugiere que las pirámides habrían coronado un monumento en forma de pilar, el cual él reconstruye tal como se muestra en la Figura 4 (Lancel 1970: fig. 38). Al describir dos de las estelas de Villaricos, Siret (1906: 463(87), 3 y 4) también indicaba que «probablemente estuvieran situadas en lo alto de otra piedra». Un *cippus* de la necrópolis de Tharros demuestra que Siret no estaba equivocado y que este tipo de emplazamiento debió haber sido común (Tore 1972b: fig. 2: 1), pero la reconstrucción de Lancel, según el modelo de estelas pilares, nos parece del mismo modo verosímil si se tiene en cuenta que los habitantes de Villaricos tuvieron una tradición de ese tipo de monumento. La esfinge hallada en este lugar (Chapa 1985: 58, 218) posiblemente también coronó un pi-

lar erigido sobre la tumba de un importante personaje. Esta escultura, que tiene afinidades estilísticas con el mundo fenicio, ha sido datada a finales del siglo VII o principios del VI a. C., y la tumba a la que supuestamente perteneció ( cf. Chapa 1985: 221) se considera un prototipo para parecidos monumentos ibéricos indígenas (M. Almagro-Gorbea 1983: 17). La sugerencia de Lancel llega a ser más aceptable cuando se tienen en cuenta la similitudes formales y simbólicas existentes entre simples pirámides y aquellos otros monumentos monolíticos compuestos de un pedestal tubular con una cresta piramidal (Tore 1972b: 249-267), conocido desde Chipre (Tore 1972b: fig. 4: 1-2), el *tofet* de Cartago con fecha del siglo V y VI a. C. (Picard 1957: 130, Cb 357 y pl. XLIX), Motya (Tore 1972b: fig.4:4), y Tharros (Tore

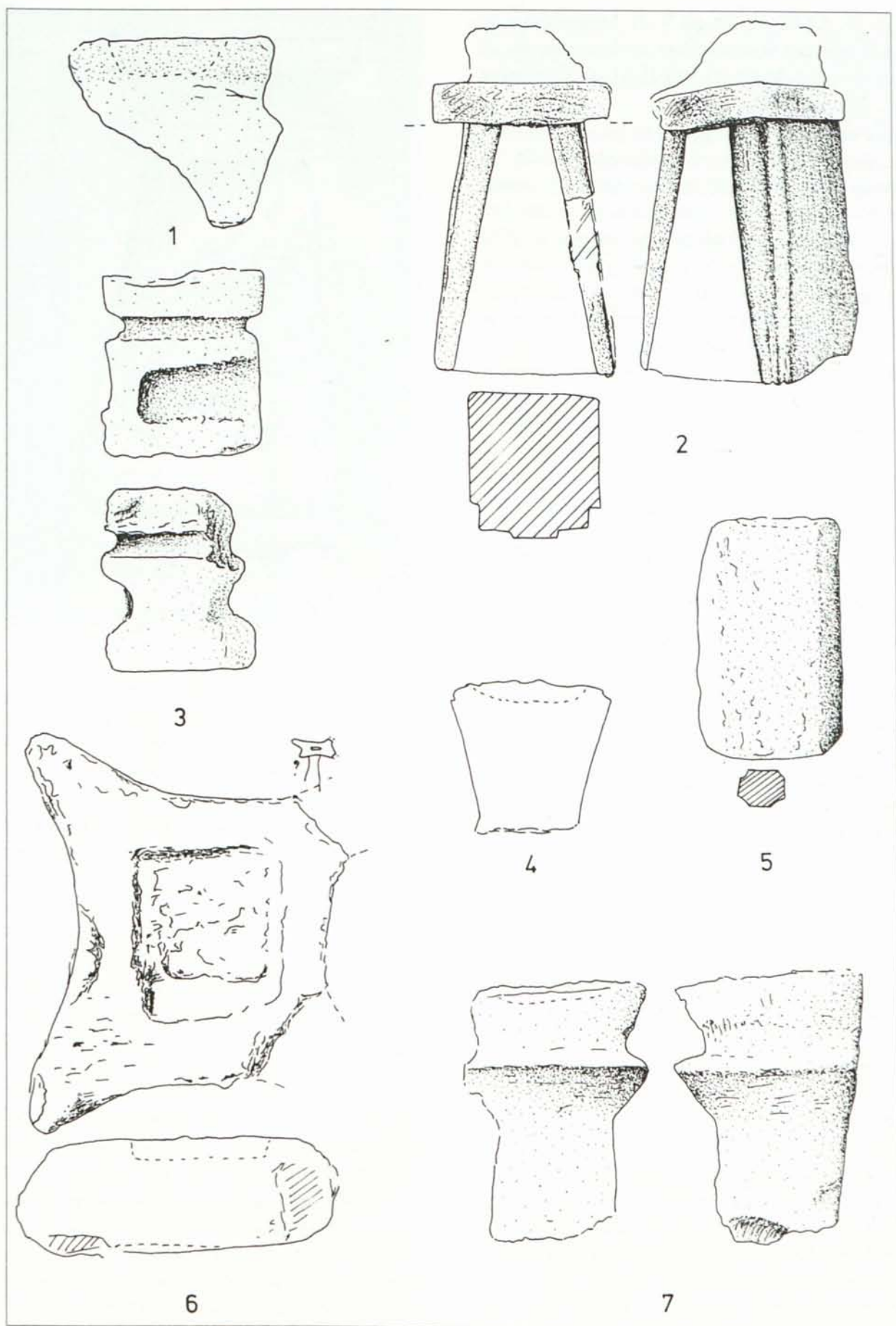


Figura 5. Altares de Villaricos, dibujados por L. Siret.

1972a: pl. XXVI; 1972b: pl. V: 2). Monumentos similares también se encuentran en la necrópolis de Les Andalouses datada del siglo II al I a.C. (Vuillemot 1965: 290, fig. 124).

Sin embargo, y sin lugar a dudas, el fragmento más inusual de entre los conocidos dentro de la variante de estela piramidal se encuentra en la misma necrópolis de Villaricos. Tiene unos 50 cms. de alto y su peculiaridad es el tallado, por un lado de pilar de piedra caliza, de la cabeza de un hombre con peinado egipcio y, en el lado opuesto, de una capital eólica (Islas Lipari)(Foto 3). Desgraciadamente, se volvió a usar el fragmento como parte de la tapadera de la tumba 521 (Astruc 1951: 175), y por tanto no posee su contexto original. Las autoridades han hecho hincapié en que esta estela fue inspirada por el arte chipriota del período de mayor influencia de Egipto sobre la isla (Astruc 1951: 175; Bisi 1966: 43-45) (en lo referente a la influencia de Egipto sobre la arquitectura religiosa fenicia, consultar Bisi (1967: 191, 202) y Wagner (1980). La fecha atribuida al fragmento, siglo VI a. C. (Bisi 1966: 44), haría de él el más antiguo monumento funerario de Villaricos, junto con la anteriormente mencionada esfinge.

3. Altares. Este grupo incluye objetos de muy diferente morfología pero de función supuestamente idéntica; van desde bloques sencillamente adornados a ejemplos con cabezas y pies tallados por separado. El grupo más amplio está formado por trozos que tienen una estructura piramidal en común, con molde y *gula* sólo por delante y por los lados, quedando la parte de atrás vertical y plana (Foto 4). La parte superior tiene una depresión rectangular de poca profundidad. Los altares están hechos de piedra arenisca., excepto algunos tallados de piedra caliza, y se cubrían con una capa blanca de argamasa. Aun cuando tiene las características formales de los otros altares, uno de los altares tiene las esquinas del lado anterior rebajadas y pintadas de rojo como el molde. Las dimensiones de los altares son bastante variables, oscilando la altura entre 20 y 65 cms., mientras que la altura media está entre 25 y 35 cms.

Sólo se encontraron objetos de estas características en tumbas de inhumación; tanto en fosas (718, 1024, 1626) como en el interior de cámaras (411.2 y 986.4). Los altares se situaban en la cabeza del cuerpo, y en la *hypogaea* parece que algunos eran colocados en el pasadizo, cerca de la entrada hacia la tumba. Identificar qué altar pertenece a cada tumba es difícil usando sólo las notas de Flores, ya que in-



Dibujo 6. Altar de Riotinto, Huelva  
(de un dibujo de A. García y Bellido 1952)

cluso las medidas que él cita no parecen ser exactas. Sin embargo, es muy posible que la débil roca sobre la cual se esculpieron los altares puede haberse deteriorado con el tiempo, lo cual haría su identificación más difícil.

El altar de la tumba 411.4 se identificó sin problemas comparando el dibujo de Siret del mismo con los trozos en las colecciones del Museo Arqueológico Nacional, pero no se pudo identificar ningún otro objeto con certeza. La altura del altar encontrado en la tumba 1024, según lo ilustra el arqueólogo, es de 64 cms. Flores afirma que la estela de la tumba 986'4 tenía una altura de 36 cms. Este último objeto es el único altar que no tiene una incisión en su superficie superior, pero creemos que debería ser incluido en este grupo. Un ejemplo idéntico fue hallado en Riotinto (Huelva), otro importante centro minero que puede haber albergado un asentamiento de pueblos orientales desde el siglo VII a. C.

El *tofet* de Tharros tenía muchos así llamados altares de base idénticos a las estelas que acabamos de describir. Moscati y Uberti (1985: 25, 32-33) les atribuyen la misma función que las estelas de trono: según ellos habrían servido como base para una imagen icónica o antropomórfica. Por el contrario, otros autores creen que se debería distinguir entre altares





Foto 4. Villaricos: altar (altura: 30'5 cms; base: 14 x 10 cms)

y pedestales, puesto que sus funciones serían diferentes (Tore 1972a: 188). Un ejemplo del siglo IV a. C. de la necrópolis de Tharros deja claro que, además de usarse en rituales de libación o para quemar esencias aromáticas, estos fragmentos eran también concebidos como auténticas estelas funerarias, ya que por delante de esta pieza particular había un epitafio tallado identificando al fallecido enterrado en esa tumba (Uberti n.d.: 115, fig. 156).

Las estelas de altar o *cippi* tienen muchas semejanzas en Cartago, Sicilia y Sardinia. G. Tore (1971-72a: 118-119 y 188, notas 61 y 63, pls. XIX-XXIV) asoció los pedestales trono-*cippus* con *gulae* egipcias, con los modelos más sencillos encontrados en el Mediterráneo central y península Ibérica, y redactó un estudio detallado de las similitudes que estos monumentos tienen tanto en cementerios (Cartago, Palermo, Tharros, Cagliari) como en santuarios (Cartago, Tharros). A su lista podemos añadir los ejemplos documentados en las colecciones de los *tofets* de Motya (Moscato y Uberti 1981/II: fig. 65, pl. CLXXXVI: 1012-1014) y Sulcis (Bartoloni 1986: pl. III: 21-24). Para concluir, no debemos olvidarnos de mencionar el pedestal con un ahuecamiento de la tumba 2 de la necrópolis en Trayamar (Málaga), da-

tando de finales del siglo VII a. C. (Schubart y Niemeyer 1976: 129-130, 231-232, 237); aunque tiene una forma diferente, tiene parecidos en el mundo Púnico —cf. el fragmento del *tofet* de Cartago del siglo V al IV a. C. (Ribichini 1988: 105, 614, catálogo 179)— y creemos que constituye un claro precedente del uso de las estelas de altar en las colonias fenicias de la península Ibérica.

Los altares de Villaricos deberían datarse en los siglos V y IV a. C. Las tumbas 718, 1024 y 1626 tenían ánforas que creemos podrían ser asignadas a este período por su parecido a los tipos de ánfora I y III de M<sup>a</sup> J. Almagro (1986b: 270-74, figs. 2-3). Las tumbas 1626 y 411.2 tenían también cáscaras de huevo de avestruz, no halladas en el lugar después del siglo IV a. C. (San Nicolás 1975: 98). Siret (1906: fig. 18, pl. XX: 5) encontró otros monumentos de piedra en la necrópolis de Villaricos, pero en conclusión sólo deseamos mencionar el fragmento que Astruc (1951: 81-82, pl. L: 5) describe como un «*gran cippus en forma de pera*»<sup>2</sup>, hecho de piedra arenisca con una mortaja en la base y otra en la parte superior. Su forma recuerda a las *baetyls* (piedras de reliquia obtenidas de antiguas ruinas y erigidas de nuevo) que presiden los altares de trono en Cartago (Lézine 1960: 37, figs. 18 y 20) o Tharros (Moscato y Uberti 1985, II: pls. LVIII: 147, LXI: 149, LXII: 149-150). El hecho de que los altares con *baetyls* ovalados perduraran hasta los tiempos romanos se demuestra en la necrópolis de Tipasa. Lancel (1970: 187, fig. 40) asocia este monumento con el obelisco coronado por un elemento oval que fue hallado en la necrópolis de Baelo (Cádiz) (París y Bonsor 1925: fig. 21). El fragmento de Villaricos fue probablemente también colocado en un pedestal, fuera de una cámara subterránea (Astruc 1951: 81).

#### OBSERVACIONES

En la mayoría de las necrópolis púnicas del Mediterráneo central y occidental se han encontrado monumentos de piedra, tanto estelas como *cippi*, encima de las tumbas. No obstante, la investigación se ha centrado en las estelas votivas, que son mucho más numerosas y tienen un repertorio iconográfico incomparablemente más rico. Pero sea un contexto u otro, estos monumentos parecen ser muy poco frecuentes antes del siglo VI a. C. (Bénichou-Safar 1982:

<sup>2</sup> Esta tumba está incluida, quizás por error, entre las inhumaciones del Grupo G por Astruc (1951:52).

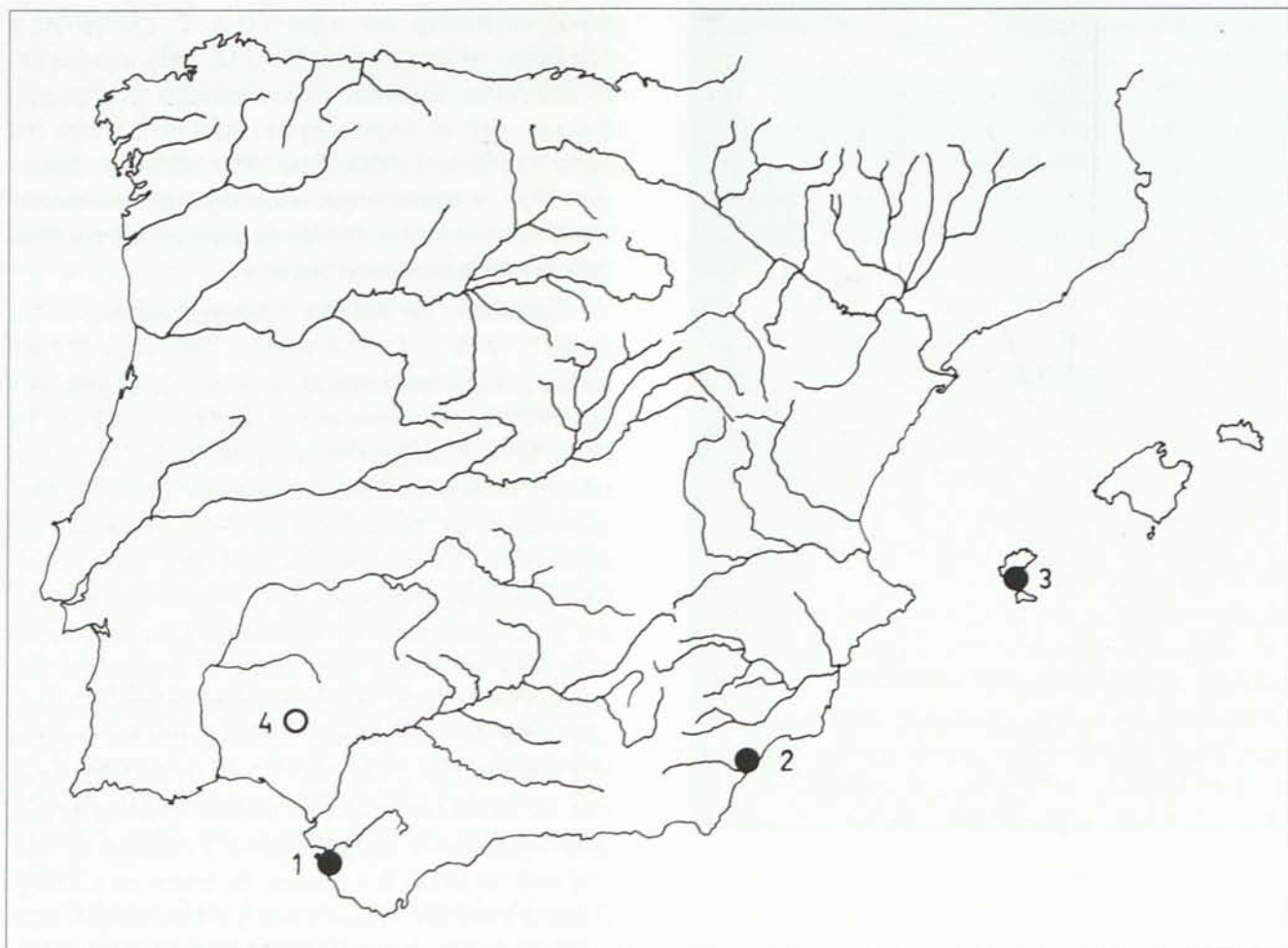


Figura 7. Lugares en la Península Ibérica donde se han hallado estelas. Necrópolis: 1: Cádiz; 2: Villaricos; 3: Ibiza. Hallazgos aislados: 4: Riotinto.

71; Bisi 1967: 228; Moscati y Uberti 1981: 57; Moscati y Uberti 1985: 51). En las necrópolis fenicio-púnicas más hacia el oeste, las estelas funerarias también se desconocen en contextos anteriores. Los meros ejemplos no icónicos de la necrópolis de Ibiza datan del siglo VI a. C. (Gómez Bellard 1990: 95, 97, 113, pls. 28-29, 34, 57, 60). En Villaricos las estelas no se encuentran en las tumbas de los grupos A y B, las cuales Astruc databa en ese mismo siglo, pero la estela con las figuras humanas y la esfinge (que mencionamos anteriormente) indican que sobre esa época ya se conocía la costumbre de colocar monumentos encima de las tumbas. El carácter especial de estos monumentos puede indicar que la costumbre de marcar tumbas con algo más elaborado que una simple piedra erguida era inusual.

La mayoría de las estelas de las que hemos hablado aquí pertenecen a la fase de mayor apogeo en el desarrollo del asentamiento, perteneciendo a los siglos V y IV a. C. Los simples monumentos piramidales, que probablemente también tuvieron un

carácter *baetílico* (Tore 1972b), se asociaban más frecuentemente a inhumaciones, pero también se hallaron en algunos enterramientos con incineración. Por regla general, los últimos podrían aparecer posteriormente, y en algunos casos se pueden datar con seguridad en el período romano.

Los altares se hallaron solamente en sepelios de inhumación, tanto en fosas como en cámaras subterráneas.

Ninguna de las estelas documentadas se asocia con entierros de niños. (Ya hemos indicado que la tumba 612, que Astruc clasificó como una inhumación de niño, es descrita claramente por Flores como «restos de un cadáver quemado en un lugar similar a una pequeña cueva y cubierto con media vasija»<sup>3</sup>). Esto elimina la posibilidad de que algunos de los fragmentos tuvieran una función votiva y estuvieran relacionados con algún rito de sacrificio. En nuestra

<sup>3</sup> Traducción de notas de trabajo de campo guardadas en el Museo Nacional Español de Arqueología: cuaderno 587-624, hoja 27, párrafo 28.

opinión, la interpretación de las estelas de Cádiz (Marín Ceballos 1984: 38) e Ibiza (M<sup>a</sup> J. Almagro Gorbea 1967: 11) como prueba de la existencia de sacrificios de niños tendrá también que ser revisada, ya que perfectamente pueden ser estelas funerarias, como podría esperarse de los contextos en las que se encontraron (Quintero Atauri 1932: 7-8; M<sup>a</sup> J. Almagro Gorbea 1967: 5; Gómez Bellard 1990: 147). Es nuestro deseo sugerir, no que no había *tofets* en las colonias del oeste, sólo que a fecha de hoy no hay evidencia de los mismos. Como contraste, hay evidencia en muchas de las ciudades de la costa mediterránea española acerca del culto a una diosa que protegía estos santuarios (Marín Ceballos 1987: 43-79). Tanit era venerada en cuevas de Ibiza (Aubet 1986: 622-23), Villaricos y Cádiz (Marín Ceballos 1984: 15-16), las tres ciudades que hemos mencionado como poseedoras de estelas funerarias. Astruc (1951: 79) indica que en Villaricos Siret encontró un santuario en una cueva, relacionado quizás con la *favissa* (cavidad o fosa) en la que numerosos colgantes con perfumes en forma de cabezas de mujer fueron hallados (J. Almagro-Gorbea 1983). Una escultura en deficiente estado de conservación (Siret 1906: fig. 18) de la necrópolis manifiesta una figura femenina sentada en un trono. Estas figuras se han interpretado algunas veces como representaciones de la diosa Tanit (Marín Ceballos y Corzo 1991: 1031-34). En Cádiz, además, hubo un templo dedicado a Baal-Hammon (Marín Ceballos 1984: 30). No hay, sin embargo, ninguna evidencia arqueológica de la práctica de sacrificios de sangre, aparte de los supuestamente niños asesinados en los contextos del siglo I d. C. en Cádiz.

El uso de monumentos de piedra colocados sobre las tumbas por la población púnica de Villaricos fue seguramente consecuencia de la introducción de ideas religiosas que implicaron importantes cambios en los rituales funerarios. Tales cambios afectaron a la totalidad del mundo púnico a principios del siglo VI a. C. (Aubet 1986: 612-20), y resultó en un sorprendente grado de uniformidad en los rituales relacionados con el tratamiento de cadáveres, en la arquitectura funeraria y en los tipos de monumentos encontrados en todos los asentamientos púnicos del norte de África y Mediterráneo central y occidental. Algunos autores (Aubet 1986: 523) interpretan esta unificación de creencias religiosas como el resultado de la dominación ideológica y política de Cartago.

En todas estas regiones el substrato púnico siguió manifestándose hasta bien entrado el período romano. Esto es evidente en prácticas de

enterramientos, así como en muchos otros aspectos del archivo arqueológico que se encuentran más allá de la esfera de este artículo. En Sardinia (cf. Moscati 1988; Uberti 1986: 127, figs text 181-182), África del Norte (Gauckler 1915, II: 334-43; Lancel 1970: 206) y en Andalucía los cementerios demuestran que algunas tradiciones se mantuvieron durante muchos años. Ya nos hemos referido en este artículo a la supervivencia de costumbres púnicas en tumbas del período romano en Villaricos y Cádiz. Las señales de identidad púnica son igualmente sólidas en las necrópolis de Baelo (París y Bonsor 1926: 110; Remesal 1979: 49) y Carmona (Bendala 1976: 38-43; Belén 1983: 217), un centro importante de intereses cartaginenses en el valle del Guadalquivir.

#### AGRADECIMIENTOS

Agradecemos la generosa atención del Profesor M Fernández-Miranda, quien nos facilitó algunos de los datos y fotografías incluidos en este capítulo, y del Dr. A. Rodero, conservador del Museo Arqueológico Nacional de Madrid, que cordial y oficiosamente atendió nuestras numerosas peticiones de información. Damos las gracias a nuestro colega, el Profesor Oswaldo Arteaga, por la información acerca de la geomorfología costera de la desembocadura del Almanzora.

#### BIBLIOGRAFÍA:

- ALMAGRO GORBEA, J. M.: *Excavaciones Arqueológicas en Ibiza*. Excavaciones Arqueológicas en España 56, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1967.
- ALMAGRO GORBEA, J. M.: «Un depósito votivo de terracotas de Villaricos», en *Homenaje al prof. Martín Almagro Basch*, 2, pp. 291-307, Madrid, Ministerio de Cultura, 1983.
- ALMAGRO GORBEA, J. M.: *La Necrópolis de Baria*. Excavaciones en España 129, Madrid, Ministerio de Cultura, 1984.
- ALMAGRO GORBEA, J. M.: «Excavaciones en la Necrópolis púnica de Villaricos», en *Homenaje a Luis Siret*, pp. 625-37, Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, 1986.
- ALMAGRO GORBEA, J. M.: «Las ánforas de la Antigua Baria (Villaricos)», en OLMO, G. de y AUBET, M. E. (eds.): *Los Fenicios en la Península Ibérica*, 1, pp. 265-83, Sabadell, AUSA, 1985.

- ALMAGRO GORBEA, M.: «Pilares-estela ibéricos», en *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch*, 3, pp. 7-20, Madrid, Ministerio de Cultura, 1983.
- ASTRUC, M.: *La Necrópolis de Villaricos*. Informes y memorias 25, Madrid, Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas del Ministerio de Educación Nacional, 1951.
- AUBET, M. E.: «La Necrópolis de Villaricos en el ámbito del Mundo Púnico Peninsular», en *Homenaje a Luis Siret*, pp. 612-23, Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, 1986.
- AUBET, M. E.: *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Barcelona, Bellaterra, 1986.
- BARTOLONI, P.: *Le stele di Sulcis, Catálogo*, Collezione di Studi Fenici, Roma, Consiglio Nazionale delle Ricerche, 1987.
- BELÉN, M.: «Aportaciones al conocimiento de los rituales funerarios en la Necrópolis Romana de Carmona», en *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch*, 3, pp. 209-26, Madrid, Ministerio de Cultura, 1983.
- BENDALA, M.: *La Necrópolis Romana de Carmona (Sevilla)*, Sevilla, Diputación Provincial, 1976.
- BÉNICHOU-SAFAR, H.: *Les tombes puniques de Carthage. Topographie, structures, inscriptions et rites funéraires*, París, Études d'Antiquité Africaine, 1982.
- BISI, A. M.: *Kipriaka: Contributi allo studio della componente cipriota della Civiltà Punica*, Roma Gherardo Casini, 1966.
- BISI, A. M.: *Le stele puniche*. Studi Semitici 27, Roma, Istituto di Studi del Vicino Oriente, Università di Roma, 1967.
- BLÁZQUEZ, J. M.: *Religiones prerromanas*. Primitivas Religiones Ibéricas 2, Madrid, Editorial Cristianidad, 1983.
- CHAPA, T.: *La escultura ibérica zoomórfica*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1985.
- CID PRIEGO, C.: «El sepulcro de Torre Mediterráneo y sus relaciones con la tipología monumental», en *Ampurias*, 11, pp. 91-126, 1949.
- CORZO, R. y FERREIRO, M.: «Sacrificios humanos en el Cádiz antiguo», en *Actas del II Congreso Andaluz de Estudios Clásicos Antequera-Málaga 1984*, 2, pp. 57-61, Málaga, Universidad de Málaga, 1987.
- FÉVRIER, P. A. y GASPARY, A.: «La Nécropole Orientale de Sétif: rapport préliminaire sur les fouilles effectuées de 1959 à 1964», en *Bulletin d'Archéologie Algérienne*, 2, 1967, pp. 11-93.
- FUENTES ESTAÑOL, M. J.: *Corpus de las inscripciones fenicias, púnicas y neopúnicas de España*, Barcelona, Author, 1986.
- GARCÍA Y BELLIDO, A.: «El Mundo de las Colonizaciones», en MENÉNDEZ PIDAL, R., (ed.): *Historia de España*, vol. I, pp. 311-647, Madrid, Espasa Calpe, 1952.
- GAUCKLER, P.: *Nécropoles puniques de Carthage*, París, Picard, 1915.
- GÓMEZ BELLARD, C.: *La colonización fenicia de la isla de Ibiza*, Excavaciones arqueológicas en España 157, Madrid, Ministerio de Cultura, 1990.
- GONZÁLEZ WAGNER, E. C.: *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica: ensayo de interpretación fundamentado en un análisis de los factores internos*, Tesis doctorales de la Universidad Complutense 30/83, Madrid, Universidad Complutense, 1983.
- GUZZO AMADASI, M. G.: «Remarques sur la présence phénico-punique en Espagne d'après la documentation épigraphique», en *Actes II Congrès International d'Étude des Cultures de la Méditerranée Occidentale*, pp. 33-42, Algiers: Société Nationale d'Édition et de Diffusion, 1978.
- LANCEL, S.: «Tipasitana IV, la nécropole romaine occidentale de la porte de Césarée: rapport préliminaire», en *Bulletin d'Archeologie Algérienne*, 4, 1970, pp. 149-266.
- LEVI, D.: «La necropoli puniche di Olibia», en *Studi Sardi*, 9, 1950, pp. 5-120.
- LÉZINE, A.: *Architecture punique: recueil de documents*, Publications de l'Université de Tunis, Faculté des Lettres, 1 Série: Archéologie, Histoire 5, París, Presses Universitaires de France, 1960.
- MARTÍN CEBALLOS, M. C.: «La religión púnica en Cádiz», en *Cádiz en su Historia: II Jornadas de Historia de Cádiz, abril de 1983*, pp. 5-41, Cádiz, Caja de Ahorros, 1984.
- MARTÍN CEBALLOS, M. C.: «¿Tanit en España?», en *Lvcentvm*, 6, 1987, pp. 43-79
- MARTÍN CEBALLOS, M. C.; y CORZO, R.: «Escultura femenina entronizada de la Necrópolis de Cádiz», en *Atti, II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, 3, pp. 1025-38, Roma, Consiglio Nazionale delle Ricerche, 1991.
- MOSCATI, S.: «Le stele», en MOSCATI, S. (ed.): *I Fenici*, pp. 304-327, Milán: Bompiani, 1988.
- MOSCATI, S.; y UBERTI, M. L.: *Scavi a Mozia: le stele*, Roma, Consiglio Nazionale delle Ricerche, 1981.
- MOSCATI, S.; y UBERTI, M. L.: *Scavi al Tofet di Tharros: i monumenti lapidei*, Roma, Consiglio Nazionale delle Ricerche, 1985.
- PARIS, P.; y BONSOR, G.: *Fouilles de Belo (Bologna, Province de Cádiz, 1917-1921)*. II. La

*Nécropole*, Burdeos, Bibliothèque de l'École des Hautes Études Hispaniques, 1926.

— PERDIGONES, L.; MUÑOZ, A.; y PISANO, G.: «La Necrópolis fenicio-púnica de Cádiz: siglos VI-IV a. C.», en *Studia Punica*, 7, Roma, Università degli Studi di Roma, 1990.

— PICARD, C. G.: *Catalogue du Musée Alaoui, Nouvelle Série*, en Collections Puniques, 1, Túnez, Institut des Hautes Études de Tunis, 1957.

— QUINTERO ATAURI, P.: «Excavaciones en Cádiz: Memoria de las excavaciones practicadas en 1929-1931», en *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades* 117, 1932, pp. 4-28.

— REMESAL, J.: *La Necrópolis Sureste de Baelo*, Excavaciones Arqueológicas en España 104, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1979.

— RIBICHINI, S.: «Le credenze e la vita religiosa», en MOSCATI, S. (ed.): *I Fenici*, pp. 104-125, Milán, Bompiani, 1988.

— RUIZ MATA, D.: «El castillo de Doña Blanca: yacimiento clave de la protohistoria peninsular», en *Revista de Arqueología*, 85, 1975, pp. 36-48.

— SAN NICOLÁS, M. P.: «Las cáscaras de huevo de avestruz fénico-púnico en la Península Ibérica y Baleares», en *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 2, 1975, pp. 75-100.

— SCHUBART, H.: «Asentamientos fenicios en la costa meridional de la Península Ibérica», en *Huelva Arqueológica*, 6, 1982, pp. 71-99.

— SCHUBART, H.; y NIEMEYER, H. G.: *Trayamar: los hipogeos fenicios y el asentamiento en la desembocadura del río Algarrobo*, Excavaciones Arqueológicas en España 90, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1976.

— SIRET, L.: *Villaricos y Herrerías. Antigüedades púnicas, romanas, visigóticas y árabes*, Madrid, Jaime Rates, 1906.

— SALA SOLÉ, J. M.: «Inscripciones fenicias de la Península Ibérica», en *Sefarad*, 15, 1955, pp. 41-53.

— TAMBURELLO, I.: «Palermo. Necropoli: l'esplorazione», en *Notizie degli scavi di Antichità* 21, 1967, pp. 354-378.

— TORE, G.: «Due cippi-trono del Tophet di Tharros», en *Studi Sardi*, 22, 1972, pp. 99-248.

— TORE, G.: «Su alcuni amuleti in Sardegna», en *Studi Sardi*, 22, 1972, pp. 249-268.

— UBERTI, M. L.: «Fenici e punici in Sardegna», en ANTONA, A. et alt. (eds.): *Il Museo Sanna in Sassari*, pp. 111-128, Sassari, Banco di sardegna, 1986.

— VUILLEMOT, G.: *Reconnaisances aux Échelles puniques d'Oranie*, Autun, Musée Rolin, 1965.

— WAGNER, P.: *Der ägyptische einfluss auf die phönizische architektur*, Bonn, Rudolf Habelt, 1980.

